

Cuando la enfermería deviene teología

When theology becomes nursing Quando a enfermagem advém da teologia

Leopoldo Quilez Fajardo¹, Esperanza Ferrer Ferrándiz²

¹Dr. en Teología. Facultad de Teología de Valencia. Alumno Escuela Enfermería La Fe. Valencia Profesor agregado de la Facultad de Teología "San Vicente Ferrer" - de Valencia y de su Instituto Superior de Ciencias Religiosas. Jefe de Departamento Teología Dogmática.

²Dra. en Enfermería. Universidad Complutense. Madrid. Profesora de Bases históricas, epistemológicas y éticas de la disciplina enfermera. Directora Escuela Enfermería La Fe. Valencia.

Cómo citar este artículo en edición digital: Quilez Fajardo, L. y Ferrer Ferrándiz, E. (2015). Cuando la enfermería deviene teología. *Cultura de los Cuidados (Edición digital)*, 19, 41. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2015.41.05>

Correspondencia: Plaza Nou Moles 4- pta 18. 46018- Valencia

Correo electrónico: leoquilez@gmail.com

Recibido: 17/11//2014; Aceptado: 8/02/2015



ABSTRACT

This work deals with one challenge for teacher and students in the first years of Degree in Nursing: getting in touch with Ethical, Historical and Epistemological Bases of Nursing. Create a workshop where sharing knowledge and experience, is one of the goals to be achieved in the development of the subject. Reflective practice and meaningful learning are definitely established as fundamental tools for students in order to achieve required skills. We present a work of reflective practice, held by a student at the end of the course, starting from his previous training as a Doctor of Theology. He combines both knowledges in a poetic style, and puts another care perspective forward nurses.

Keywords: Care, meaningful learning, reflective practice, phenomenology, ethical care.

RESUMO

Introduzir os alunos de Licenciatura em Enfermagem na aprendizagem da unidade curricular de Bases históricas epistemológicas e éticas da Disciplina de Enfermagem e sobretudo se é nos primeiros anos da carreira, é um desafio para o professor e os alunos. Criar uma aula experiencial onde se partilhe conhecimento, experiências é um dos objetivos a alcançar no desenvolvimento da unidade curricular. Sem dúvida a prática reflexiva e a aprendizagem significativa constituem ferramentas fundamentais para conseguir adquirir as competências que os alunos têm que alcançar. Apresentamos um trabalho de prática reflexiva realizado ao fim da unidade curricular por um aluno que partindo da sua formação prévia como Doutor em Teologia conseguiu de uma forma poética, e unindo os dois saberes, mostrar aos enfermeiros uma visão do cuidado desde outra óptica.

Palavras-chaves: Cuidado, aprendizagem significativa, prática reflexiva, fenomenologia, cuidado ético.

RESUMEN

Introducir a los alumnos de Grado en Enfermería en el aprendizaje de la asignatura de Bases históricas epistemológicas y éticas de la Disciplina Enfermera y sobre todo si es en los primeros cursos de la carrera es un reto para el profesor y los alumnos. Crear un aula experiencial donde se comparta, conocimiento, experiencias, es uno de los objetivos a alcanzar en el desarrollo de la asignatura. Sin duda la práctica reflexiva y el aprendizaje significativo, se constituye como herramientas fundamentales para el logro de las competencias que los alumnos tienen que alcanzar. Presentamos un trabajo de práctica reflexiva, realizado al final de la asignatura por un alumno, que partiendo de su formación previa como Doctor en Teología, logro de una forma poética y uniendo los dos saberes, mostrar a las enfermeras una visión del cuidado desde otra óptica.

Palabras clave: Cuidado, aprendizaje significativo, práctica reflexiva, fenomenología, cuidado ético.

INTRODUCCIÓN

El conocimiento y el pensamiento se establece a través de un diálogo con la incertidumbre. El aprendizaje, debe favorecer la autoformación de las personas, aprender y asumir la condición humana, sentir la vida y vivirla, descubrirse a sí mismo y entender la complejidad humana.

La experiencia educativa es un fenómeno altamente complejo, implica cuatro elementos y que en la descripción de Schwab (1983) son: el profesor, el que aprende, el currículum y el medio. Cada uno de ellos no puede darse de forma aislada y todos forman parte del conjunto. El profesor planifica el aprendizaje y aquellos contenidos que deben ser toma-

dos en consideración por parte del alumno, implicando a este en su logro, el currículum debe contener los conocimientos, habilidades y valores que integre los criterios de excelencia y que justifique su estudio, por último el medio será el contexto donde pueda fluir el aprendizaje, donde profesor y alumno puedan compartir e interpretar el significado del contenido del currículum. Los cambios en los modelos educativos, de la enseñanza al aprendizaje, nos permite crear entornos de aprendizaje continuos, alrededor de los estudiantes que les capacite para seguir aprendiendo a lo largo de toda la vida, permitiéndole permanecer receptivos a los cambios conceptuales, científicos y tecnológicos que vayan apareciendo durante su actividad laboral. Según la teoría del aprendizaje significativo de Ausubel, el aprendizaje del alumno depende de la estructura cognitiva previa que se relaciona con la nueva información, entendiendo por “estructura cognitiva”, al conjunto de conceptos e ideas que un individuo posee en un determinado campo del conocimiento y de su organización. Durante el proceso de orientación de los aprendizajes, un factor importante será conocer la estructura cognitiva del alumno haciendo referencia no solo a la cantidad de información que este puede tener sino también de los conceptos y proposiciones que utiliza así como de su grado de estabilidad. (Ausubel, Novak, Hanesian, 1983).

El aprendizaje significativo acaece cuando las nuevas informaciones conectan con conceptos preexistentes en la estructura cognitiva, implicando la generación de nuevas ideas, conceptos y proposiciones que adquieren significación porque las preexistentes están claras y disponibles en la estructura cognitiva del individuo, sirviendo esta como punto de fijación para seguir construyendo una nueva estructura.

La característica más relevante del aprendizaje significativo es que, provoca una interacción entre los conocimientos más relevantes de la estructura cognitiva y las nuevas informaciones (no es una simple asociación), de tal modo que éstas adquieren un significado y son integradas a la estructura cognitiva de manera no arbitraria, favoreciendo la diferenciación, evolución y estabilidad de los conceptos relevantes pre existentes y consecuentemente de toda la estructura cognitiva.

Presentamos a continuación el trabajo producto del aprendizaje y la reflexión, al finalizar la materia de Bases históricas, epistemológicas y éticas de la disciplina enfermera que se cursa en segundo de Grado en Enfermería, partiendo de los conocimientos que el alumno posee por su formación previa (Schön, 1987).

REFLEXIÓN

Cuando formalicé mi matrícula en nuestra Escuela de Enfermería buscaba descubrir un registro académico, científico y sanitario que interpelara y complementara mi formación, al tiempo que encauzara mi búsqueda de servicio al ser humano desde una plataforma privilegiada. Aunque la intuición era buena, no sospechaba el calado profundamente humanista que hallaría en mis nuevos estudios. Ese currículum oculto a los ojos legos, que a la postre, constituía el auténtico corazón de la disciplina y la brújula de la profesión (Agramonte del Sol y Leiva Rodríguez, 2007; Arredondo González y Siles-González, 2009), desbordó con mucho mis expectativas, concitó mi asombro y reclamó gran parte de mi esfuerzo. Aquellos Fundamentos de Enfermería presentados en el libro de Benavent Garcés, Ferrer Ferrandiz y Francisco del Rey (2009) con sus conceptos metaparadigmáticos (persona, salud, cuidado y entorno) hasta entonces velados, hoy siguen

erigiéndose en un terreno todavía con mucho por explorar. Consciente de la necesidad y la audacia de proseguir esta aventura, que ahora trataré, al menos de pergeñar, hago mías las palabras de Virgilio en la Eneida (Libro IX, 874) y exclamo “Macte puer, sic itur ad astra”, “ánimo, muchacho, así se va a las estrellas” (Virgilio, 2006: 484).

El punto de partida es una opción epistemológica basada en la conjunción de la hermenéutica comprensiva de Dilthey, en su intento de fundamentar las ciencias del espíritu, y la fenomenología trascendental de Husserl cuyo punto de partida es lo que se muestra por sí mismo en la conciencia- y su transformación en la fenomenología hermenéutica o analítica existencial del Dasein (el hombre como “ser ahí”) que termina por ser una ontología fundamental en Heidegger, es decir, en la facticidad de la vida se mostrará el ser de los entes (Heidegger, 1989). Se trata de un modo de ser y de mirar que, marginando la presunta objetividad que se nos vehicula en la experiencia empírica, lo dado, lo fenoménico, lo “real”, permite explorar el fenómeno que aparece en la conciencia de la persona que realiza la experiencia para comprender, mediante la expresión que hace de la misma (principalmente a través del lenguaje), el significado que en su “ser-aquí” le atribuye. Partiendo de la facticidad (binomio salud-enfermedad en nuestro caso) se busca la esencia, “la cosa misma” que nos remite a la conciencia humana y en ella al significado que le otorga desde su potencial de autoconocimiento y autointerpretación, así como desde su capacidad para develar los significados otorgados. La naturaleza es explicada, el ser humano comprendido. Sólo así tiene sentido el cuidado enfermero que ya nace con vocación filosófica, relacional y dialógica en el sentido estricto del término. En otras palabras,

la enfermería es el estudio del cuidado de la experiencia o vivencia de la salud humana en cuanto que manifestada por el sujeto y comprendida por las enfermeras (Bengoia Ruiz de Anzúa, 1992; Campos Pavan Baptista, Barbosa Merighi y Fernandes de Freitas, 2011; Durán de Villalobos, 2002; Reale y Antiseri 1992; Rivera y Herrera, 2006). Magistralmente lo expresa Lacroix: “la filosofía no es la vida, sino la palabra de la vida; es la transformación por el espíritu del acontecimiento en experiencia... El acontecimiento es lo dado en bruto, sensación, situación histórica, lo vivido en suma, es decir, todo lo que nos llega y de alguna manera hacemos; la experiencia es lo mismo, pero pensada por el espíritu y convirtiéndose por esta operación en contenido signifiante” (Lacroix, 1996a: 106).

De forma paralela a lo expuesto hay otro principio fontal, esta vez ontológico, de nuestro discurso. Efectivamente, de la mano de Heidegger afirmamos que el cuidado, cura (“sorge”) es una totalidad estructural originaria, un a priori, la fuente previa de todas actitudes y situaciones posibles de ese, “pre-ser-se- ya- en (el mundo)- cabe (el mundo)” (Gaos, 1986: 60) que es el Dasein y que genera su angustia. El cuidado es la unidad del poder-ser, del ser arrojado y de la caída (el se) de la que debe salir para llegar a su propiedad. Alcanzar esta existencia auténtica no se realiza desde el solipsismo sino desde el ser-con-los-otros. Esta exégesis ontológica es traducida a modo de filosofía narrativa con valor histórico en la vetusta fábula del cuidado, autotestimonio preontológico del “ser ahí”. Más allá de la riqueza polisémicas que el propio filósofo alemán atribuye al término, (preocupación, dedicación, solicitud, entrega) quiero quedarme con el núcleo del pensamiento al respecto: el cuidado es algo que pertenece a nuestro ser, un

existencial, algo arraigado en nuestra humanidad, origen y dominio de nuestro ser mundano. Pensar en el ser humano es hacerlo desde, en, por y para el cuidado. En definitiva, el cuidado es una estructura ontológica del hombre. El Dasein tiene el sello entiforme de la cura (Heidegger, 1927, 2000).

Ya desde la paleontología sabíamos que existe una especie de retroalimentación entre la evolución hominizadora y el surgimiento de los cuidados. Mientras la primera es la que da origen a los segundos, estos últimos son los que, al propio tiempo, garantizan la consolidación de aquella. La hominización y la humanización (expresada palmariamente en la atención al necesitado) se autoimplican. El cuidado queda así definido como el fenómeno que posibilita la existencia humana merced a la indefensión inherente con la que las personas llegamos al mundo y somos en él. Porque hemos sido cuidados somos capaces de cuidar (Agramonte del Sol y Leiva Rodríguez, 2007; Ibáñez Montsant, 2007; Torralba Roselló, 2005). La vida se revela como convivencia, interdependencia, ser –en- el –mundo, siendo ésta otra de nuestras notas definitorias (Heidegger, 2000). No es de extrañar que, siguiendo esta lógica, L. Boff afirme que el cuidado es el ethos, es decir, el hábito, el carácter, el modo de ser, la actitud fundamental de lo humano (Boff, 2002, 2012); en otras palabras, cuidar es hacer emerger el sentido de la vida (Erdmann y Bettinelli, 2003). Si nos podemos aproximar al hombre desde ópticas plurales, en una magnífica “complexio oppositorum” y definirlo como “materia emergente”, “chimpancé socializado”, “animal racional”, “zoon politikón”, “individuo comunitario”, “zoon pathetikón”, “homo ludens”, “homo sapiens”, “homo faber”, “espíritu en el mundo” “pastor del ser” sin duda, también lo podemos conceptualizar,

quizá porque todas las anteriores aproximaciones actúan a modo de trascendentales, esto es, condiciones de posibilidad, como “ser desde y para el cuidado”, “cuidador, pastor del ser” (Heidegger, 2000: 39). Él marca nuestra forma más cabal de ser hombres. La razón ontológica que subyace a esta afirmación es triple. Por una parte la ya señalada vulnerabilidad, fragilidad del nasciturus. Por otra, el carácter inacabado del ser humano, nunca factum, siempre in fieri, no ajustados ni determinados por la naturaleza, realidad que deviene y cuya índole es siempre proyectiva. Subyace en estas afirmaciones un lugar común de muchas filosofías contemporáneas desde Heidegger (primacía del advenir, sobre el “sido” y el “presentado”), Zubiri (y su “dar de sí” de la realidad humana), Ortega (la vida como actividad que se realiza hacia adelante), Julián Marías y la “estructura vectorial de la vida” o Láin Entralgo y “la vida como proyecto). Existencia que, por ende, siempre está llegando a ser y que muchas veces necesitará ser procurada, en nuestro caso a través de la capacidad de anticipación de la enfermera, concretada en información, comprensión, acompañamiento y estímulo (Rivera y Herrera, 2006; Torralba Rosselló, 2005).

En tercer lugar, porque el hombre tiene capacidad de conocerse e intervenir sobre sí, sobre los otros y sobre la naturaleza, es decir, es un ser responsable, capaz de responder. Estas características que la antropología nos ofrece para apuntalar el porqué del cuidado están bellísimamente contenidas y vehiculadas, en un lenguaje mitológico y holístico, en los relatos de la creación (Gn1, 26, 2, 4ª y 2, 4b-25); en ellos el ser humano es hecho de la tierra -adamah- y, por ende, frágil, vulnerable, finito, pero a su vez, es fruto del aliento divino, más aún, imagen y semejanza de Dios. La exégesis consolidada ve en este “ser imagen”

una triple religación constitutiva llamada a ser cultivada con esmero, a saber, con Dios, con los otros y con la naturaleza. Cuidar todas estas dimensiones será hacer emerger el sentido de la vida (Gelabert Ballester, 1999; Ruiz de la Peña, 1988).

Sobre la base del doble elemento primordial del tratado (epistemológico y ontológico) éste se decanta, según mi parecer, por una determinada corriente filosófica contemporánea de amplio espectro, el personalismo, filosofía, que como su nombre indica, se estructura en torno a la noción de persona. Vinculado en origen a nombres como el de Mounier, Nèdoncelle, Lacroix, se caracteriza por reclamar categorías propias para el hombre distanciadas del lenguaje objetivante de la naturaleza, por exaltar la afectividad como potencia espiritual insoslayable, subrayar la relación como a priori del ser, afirmar la esencial dimensión ética y religiosa de lo humano o la relevancia filosófica del amor, tematizar la corporeidad humana, huyendo de falsos dualismos, e incidir en la socialidad inherente de la persona (Burgos, 2000; Domingo Moratalla, 1985). A propósito de algunos rasgos enunciados podemos suscribir que el amor, la fe o la esperanza, no en clave teologal, pero tampoco excluyente de la misma, son dinamismos anímicos propios de lo humano, tan intangibles como saludables. Este reconocimiento de la espiritualidad del hombre nos eleva también, sobre el sustrato biofísico, aunque enraizados en él, nos alza por encima de la bruta materialidad, para considerar a la persona como ser trascendente, en continuo autorrebasamiento, apertura finita a lo infinito, ser en el mundo en la forma de trascendencia respecto del mundo. El animal está perfectamente ajustado a su nicho ecológico, el ser humano no; hay un desajuste crónico entre él y su mundo que le impulsa



a superarlo en vez de reposar sobre él. Existe, pues, un momento óptico transmaterial de la realidad humana que funda objetivamente el valor del hombre y justifica la dignidad del cuidado. Plus de valor que reclama un plus de ser; plus de ser que impele a un plus de acción (Ruiz de la Peña, 1988). Quizá por eso, cuando el resto del personal sanitario desaparece, sigue en escena la enfermera. Y esto, incluso en el momento más crítico de todo hombre, la hora de la muerte, fenómeno inexorable, pero también problema y misterio antropológico. El ser humano, que ha ido haciendo experiencias anticipatorias a lo largo de su itinerario terreno, debe entonces apurarlas de un trago en el instante postrero, hito que amenaza con precipitarnos en la nada o promete introducirnos en la Vida, en Dios. Cerca del final, para mí, donde todo empieza, el cuidado debe erigirse en plataforma analgésica del soma doliente si fuera necesario, pero, fundamentalmente, de respeto, compañía, acogida, paz interior, agradecimiento e integración (Kottow, 2011). Reverencia y sacralización del cuidado que nos evoca las teorías del final tranquilo de Ruland y Moore (como se cita en Marriner Tomey y Raile Alligood, 2008: 779-785). *Ars moriendi* corolario del *ars vivendi* del que la enfermera ha de ser maestra y testigo.

Ahora bien, si algo también ha quedado patente en nuestro curso es que éste no se ce-

ña a un discurso de escuela, aunque fuera tan ajustado como el del personalismo, antes bien, conscientes de la heterogeneidad e imbricación de lo real, especialmente de lo humano, nunca ha olvidado que su marco de referencia era el paradigma de la complejidad. Dialéctico, subjetivo, inclusivista, abierto, relacional, paradójico, caótico, disipativo, incierto, heterogéneo, recursivo, uno en lo múltiple... halla su microcosmos más logrado en el hombre (Ferrer Ferrandis, 2003; Morin, 2003; Patiño, 2008). Chimpancé socializado e imagen de Dios, materia y trascendencia, individualidad referida a lo grupal, herencia y proyecto, destino y creatividad, inconsciencia y libertad, naturaleza e historia, condicionado e infinito, “el hombre es algo infinitamente superior al hombre” (Pascal, 1986:109). Tener conciencia de su realidad tensional nos ayuda a afrontar adecuadamente el desafío de una existencia que es poco previsible y lineal.

Uno de los usos de la razón que de forma tácita ha guiado nuestro itinerario ha sido lo que podemos llamar con María Zambrano, razón cordial, mediadora, poética o misericordiosa. Ésta, volcándose sobre la vida, sin abstraerla, ni conceptualizarla, embebiéndose en ella, quizá sin explicarla de manera clara y distinta, pero tampoco sin mutilarla, arroja un intenso rayo de luz en una existencia que padece su propia paradoja y trascendencia. La razón compasiva no se adueña ficticiamente de la realidad, etiquetándola conceptualmente o someténdola a leyes con las que controlarla, sino que traza un horizonte en el que el estatuto propio del ser humano no es el cogito cartesiano, ni la razón instrumental de nuestros días, sino el sentimiento, la emoción, la solidaridad, el afecto, la empatía, en definitiva, aquellas actitudes que nos ponen en comunión y en transacción fructífera con los otros (Boff,

2012; Erdmann y Bettinelli, 2003; Zambrano, 1987). De la mano de las consideraciones precedentes hemos sembrado el Logos y el Pathos propio de la enfermería, es decir, del cuidado:

Cuidar es des-centrarse, salir de uno mismo, partir de mi yo, desde el nosce te ipsum previo, es decir, desde la autoposesión emocional y mental, y pertrechado con los conocimientos, métodos y actitudes, hacia el Tú que me necesita y me devuelve a mí, ya de otra manera (Erdmann y Bettinelli, 2003; Torralba Roselló, 2005); entrar en el mundo fenomenológico de la persona para movilizar su interior, allí donde jamás accederán los fáciles automatismos meramente farmacológicos y biomédicos; salir hacia el “otro” en cuanto “otro”, sin proyectar sobre él mis ideales, conocimientos o prejuicios de cualquier índole y aceptarme vulnerable frente a su indisponibilidad. Dejarle ser e impactarme. “Lo cual implica aún una ascesis dolorosa mediante la que nos alejamos de nuestra propia mentalidad para someternos a la del otro, mediante la cual, de alguna forma, nos alejamos de nuestro propio espíritu para introducirnos en la intimidad del otro (Lacroix, 1996a, p. 97). Gráficamente, lo concreta también la profesora Ferrer en el cuidado de comodidad cuando afirma: “los cuidados de comodidad imbrican, la palabra, la mirada y la comodidad del propio sujeto frente a la palabra, la voz, la mirada y la comodidad del cuidador” (Ferrer Ferrandis, 2007: 8). El cuidado tendrá como meta en sí misma a la persona, nunca será un vehículo para desarrollar la propia ciencia o habilidad instrumental. Entramos de lleno en el imperativo categórico kantiano: “actúa de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona, como en la persona de cualquier otro, siempre como fin al mismo tiempo y nunca solamente como medio” (Kant, 1785: 15). Permítaseme la osadía de

dar un paso más y afirmar que, cada vez que el hombre ama algo que no está sujeto a él, es, conscientemente o no, un acto de fe en Dios, Aquel que desde la eternidad está saliendo y que en las misiones del Hijo y del Espíritu lo hace de manera insuperable. Como magistralmente recoge De civitate Dei (XIV, 28): “dos ciudades han surgido sobre dos amores. Del amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrena, del amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo, la ciudad celestial” (San Agustín de Hipona, 2001:137).

En función de lo sostenido habrá que abrazar el principio metodológico, tras el cual subyace la esencia de todo verdadero saber, la docta ignorancia reconocida ya por Nicolás de Cusa. La autoconciencia de los propios límites, no sólo es un imperativo del paradigma de la complejidad, sino que es la condición de posibilidad de ejercer la auténtica enfermería. Únicamente, el unknown, el “saber menos” (Rivera, 2003), me capacita para entrar en la subjetividad del otro, punto arquimédico del cuidado. Debe haber un primer movimiento de puesta entre paréntesis, de retirada, para que el otro sea; “agnosticismo epistemológico” que permita desinstalarme de mis falsas seguridades para que el otro manifieste su irreductible novedad y permita así cada día que la enfermera desempeñe su profesión como el milagro de la primera vez. Al respecto, la singularidad y pluripotencialidad de la subjetividad humanana y sus respuestas hacen del acto de cuidar un acto creativo, imaginativo, que trasciende las posibilidades preceptuales para buscar la excelencia (Verum y Bonum) de la intervención, convirtiéndolo así en un acto estético (Pulchrum), artístico (Durán de Villalobos, 2005). Los pensadores medievales hablaban de esos atributos del ser, referidos en última instancia a Dios. En esta línea, ya ad-

virtió Dostoiewski (1964:84), sirva su cita para anticipar nuestra conclusión, que: “la belleza salvará al mundo”.

Volcado siempre en el tú necesitado, la enfermera deberá proteger uno de los principios universales, patrimonio universal de la humanidad desde la Ilustración, me refiero a la autonomía. Se trata de, en la medida de lo posible, hacer que el sujeto haga por sí mismo. Allende cómodas prácticas asimétricas y supletorias, afirmar la dignidad de la persona pasa por potenciar sus propios recursos de salud, ejercicio co-creador, mayéutico, socrático, de alumbrar las potencialidades del otro, pero que, también reclama gran hondura ética y solidez interior, aquellas que difícilmente se aprenden en los manuales académicos. Y este des-centramiento que nos preocupa hay que hacerlo desde el convencimiento de que ese éxodo también supone para mí un don que me humaniza (Torralba Roselló, 2005); “el que pierda su vida por mí, la ganará” (Lc 9, 24). La alteridad, tan enraizada con el altruismo, es la que me alza hacia el camino de mi identidad, permitiéndome acceder a mí mismo desde quien no soy yo, al tiempo que se erige en verdadera auctoritas, sin las connivencias egolátricas de la potestas, que permite orientar hacia la realización y el hallazgo de su destino al que me ha sido confiado. ¡Lograda retroalimentación humana!

Cuidar es también interacción, participación y afecto (Daza de Caballero, Torres Piqué y Prieto de Romano, 2005), solicitud, preocupación por el otro; más aún, es amor atento, inquieto, incluso “dolor amoris” (“amor meus crucifixus est”); es mantener, estimular, fomentar, impulsar, desarrollar la vida; es compasión en su estricta etimología, es decir, empatía, según lograda formulación de Edith Stein, co-sentir en su hacer previo a cualquier entender y en todo su potencial movilizador

tan antitético a la indiferencia (Torralba Roselló, 2005). No puedo contener en esta descripción la referencia obligada de cuño teológico-cristológico, pues cada uno de estos atributos define al Dios de la tradición bíblica, cuyo paroxismo hallaremos en la Encarnación del Verbo hasta su muerte en Cruz. Un Dios que no salva del sufrimiento sino en y desde el sufrimiento. No es casual este paralelismo, antes bien, desde mi óptica, es una relación etiológica, esto es, la razón de ser de que el cuidado humano sea tan divino. No en balde si el cuidado nos humaniza, Cristo es reconocido desde la fe como el paradigma de lo humano. Por eso en Él reconocemos un Dios digno del hombre. Decir Dios es sinónimo de cuidado (Vidal Taléns, 2003).

En nuestro intento por concretar hasta el máximo la esencia del cuidado hablamos de ternura vital, afecto que conoce, tan cerca del “corazón” pascaliano y su “espíritu de finura” (Pascal, 1986:5), de la caricia esencial, afirmación de valor y sentido, a veces contra todo aparente sinsentido (postulado del Misterio), de la amabilidad fundamental, pues cada persona es digna de ser amada, considerada y ben-decida y de la compasión radical, es decir, ese compartir el lugar del otro sufriente en relación de ayuda, salud y “salvación” (Boff, 2002, 2012). La imagen de la Trinidad misericordiosa de Caritas Müller con la que cierro el trabajo, la de un Dios volcado maternal y compasivamente sobre el hombre doliente, es una inmejorable y conmovedora glosa divina a cuanto venimos diciendo. Pero ¿cómo trasladar esta vivencia a quienes no comparten mis coordenadas?. Quizá las ideas de Levinas (1974), puedan ayudarme, aún perdiendo en primera instancia la intensidad teodramática cristiana, por presentar una religiosidad en clave ética. Para el filósofo judío la respuesta

a la apelación sin remedio del otro es la única coyuntura en la que toma sentido el nombre de Dios. El Dios ausente, el Dios del silencio, se deja notar “lateralmente” en el rostro del otro hombre. La huella de Dios, aquello que significa sin hacerle aparecer, es el imperativo ético que para mí conlleva el ser humano desnudo enfrente de mí que me interpela desde su necesidad inmediata. La compasión humana es la huella que Dios dejó en el mundo. Ir hacia Dios exige siempre “irrectitud”, ir hacia los demás hombres. En ese salir hacia la otra orilla, en el signo de mi donación, estoy expresando al Infinito. Cuando queremos aprehenderlo únicamente tenemos una mano que ofrecer a un rostro que se me ofrece (Torralba Roselló, 2005). En estas coordenadas ubicamos perfectamente el adagio clásico de Plinio el Viejo, según el cual “Deus est mortali iuvare mortalem”, es decir, “para el mortal, Dios es ayudar al mortal” (como se cita en Torres Queiruga, 1998: 134). Dios nunca acontece tan honda e intensamente como cuando un hombre acude al encuentro de otro. Extraño lenguaje de la trascendencia que sólo es posible como don que atestigua. Y testimoniar significa afirmar: “heme aquí”; ese ofrecimiento transitivo es expresión de la gloria divina. Dios no tiene por lo tanto más gloria que la aventura humana de la aproximación compasiva al otro (Levinas, 1974; Tudela, 2012). Esta ontología de la intersubjetividad nos ofrece los datos de una Teología perfectamente expresable como “intellectus amoris”, y que, por ello, nos permite vincularla con el corazón de la Enfermería y atrevernos a recordar que “sólo el amor es digno de fe” (Von Balthasar, 1999).

Ahora bien, dando un paso más allá y para adentrarnos de lleno en la originalidad del amor cristiano, hay que recordar que éste es primigeniamente un movimiento syn-katábico (con-descendiente) y com-paciente, para-

dójico recurso divino para vencer el misterio del dolor humano. En Jesucristo Dios nos ha re-velado el misterio escondido desde antes de los siglos. El amor oculto es un amor herido. La herida del Dios que se esconde es el hombre. El Dios evangélico se esconde en el amor frágil, herido, desarmado, amor saludable y para siempre en comunión con nuestra humanidad sufriente (Quinzá, 2006). Estas coordenadas son las únicas que nos permiten adentrarnos en la imagen con la que clausuro mis reflexiones.



Figura 1. Trinidad Misericordiosa, cerámica de Caritas Müller (Comentada por Quinzá, 2006).

En efecto, incidiendo en el impacto de esta expresiva imagen del Dios evangélico, siempre al servicio del hombre hasta el extremo (“sus cicatrices nos curaron” Is 53, 5), me aventuro a sostener que su función y, mutatis mutandis, la de cada enfermera, es proteger la humanidad. Ahí reside la belleza del alma y el acto más creativo y estético de cuantos podamos realizar. Es entonces cuando emerge el vértigo ante la titánica empresa que nos aguarda, más no el miedo. Elegir ser enfermero es una forma auténtica de vivir, no de ser vivido. ¡“Jalepá ta Kalá”, “lo bello es difícil”! (Platón, 1945, 304e, p.21).

REFERENCES

- Agramonte del Sol, A. y Leiva Rodríguez, J. (2007). Influencia del pensamiento humanista y filosófico en el modo de actuación profesional de enfermería. *Rev. Cubana Enfermer*, 23(1), 1-15. Recuperado de http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S086403192007000100003&script=sci_arttext
- Arredondo González, C.P. y Siles-González, J. (2009). Tecnología y humanización de los cuidados. Una mirada desde la Teoría de las Relaciones Interpersonales. *Index Enferm*, 18 (1), 32-36. Recuperado de http://scielo.isciii.es/scielo.php?pid=S113212962009000100007&script=sci_arttext
- Ausubel, D.P., Novak, J.D., Hanesian, H. (1983). *Psicología educativa: un punto de vista cognoscitivo*. México: Editorial Trillas.
- Benavent Garcés, A., Ferrer Ferrandis, E. y Francisco del Rey, C. (2009). *Fundamentos de enfermería (2ª ed.)*. Madrid: DAE (Grupo Paradigma).
- Bengoa Ruiz de Anzúa, J. (1992). De la fenomenología a la hermenéutica. En J. Bengoa Ruiz de Anzúa (Ed). *De Heidegger a Habermas: Hermenéutica y fundamentación última en la filosofía contemporánea* (pp. 41-82). Barcelona: Herder.
- Boff, L. (2002). *El cuidado esencial: ética de lo humano, compasión por la tierra*. Madrid: Trotta.
- Boff, L. (2012). *Fundamentos filosófico-antropológicos del cuidado*. En L. Boff, (Ed). *El cuidado necesario* (pp. 31-40). Madrid: Trotta.
- Burgos, J. M. (2000). *El personalismo*. Madrid: Ediciones Palabra.
- Campos Pavan Baptista, P., Barbosa Merighi, M.A., Fernandes de Freitas, G. (2011). El estudio de la fenomenología como una vía de acceso a la mejora de los cuidados de enfermería. *Cultura de los cuidados*, (29), 9-15. Recuperado de http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/17446/1/Cultura_Cuidados_29_02.pdf
- Daza de Caballero, R., Torres Piqué, A.M., Prieto de Romano, G.I. (2005) Análisis crítico del cuidado de enfermería. *Interacción, participación y afecto*. *Index Enferm*. 14(48-49), 18-22. Recuperado de http://scielo.isciii.es/scielo.php?pid=S113212962005000100004&script=sci_arttext
- Domingo Moratalla, A. (1985). *Un humanismo del siglo XXI: el personalismo*. Madrid: Ediciones Pedagógicas.
- Dostoiweski (1964). *El idiota*. Barcelona: Editorial Juventud.
- Durán de Villalobos, M.M. (2002). Marco epistemológico de la enfermería. *Aquichan*, 2, (2), 7-18. Recuperado de <http://aquichan.unisabana.edu.co/index.php/aquichan/article/view/17/34>
- Durán de Villalobos, M.M. (2005). La ciencia, la ética y el arte de enfermería a partir del conocimiento personal. *Aquichuán*, 5 (1), 86-95.
- Erdmann, A.L., Bettinelli, L.A. (2003). El ser humano y sus posibilidades de construcción desde el cuidado. *Aquichan*, 3 (1), 48-51.
- Ferrer Ferrandis, E. (2003). Una experiencia de cuidado desde la teoría del caos. *E.ducare21*, 2 (1). Recuperado de <http://enfermeria21.com>
- Ferrer Ferrandis, E. (2007). Comodidad: acción de cuidado, como pensamiento como hecho cuidativo y como resultado de la acción de cuidar. *E.ducare* 21,35(5). Recuperado de <http://enfermeria21.com>
- Gaos, J., (1986), *Introducción al ser y tiempo de Martín Heidegger*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gelabert Ballester, M. (1999). *Jesucristo, revelación del misterio del hombre. Ensayo de antropología teológica*. Salamanca-Madrid: San Esteban-Edibesa.
- Heidegger, M. (1927). *El cuidado como ser del Dasein*. En Heidegger, M (ed). *Ser y Tiempo* (pp. 182-228). Recuperado de <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Heidegger/Ser%20y%20Tiempo.pdf>
- Heidegger, M. (1989), *El Ser y el Tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2000). *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ibáñez Montsant, X. (2007). Una revisión sobre las prácticas de cuidados en el Paleolítico Inferior y Medio. *Metas de enfermería*, 10 (6), 9-16.
- Kant, I. (1785). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Recuperado de <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Kant/fundamentacion%20de%20la%20meta>

- fisica%20de%20las%20costumbres.pdf
- Kottow, M., (2011), Fenomenología del tiempo en Medicina. Revista Bioethikos 5 (1), 21-27.
 - Lacroix, J. (1996a). Amor y persona. Madrid: Caparrós Editores.
 - Lacroix, J. (1996b). El pensamiento y la acción. En Lacroix, J. (ed). Amor y persona (pp. 101-119). Madrid: Caparrós Editores.
 - Levinas, E. (1974). Autrement qu'ètre ou au-delà de l'existence. La Haya: Martinus Nijhoff.
 - Marriner Tomey, A., Raile Alligood, M. (2008). Modelos y teorías en enfermería (6ª ed). Madrid: Harcourt Elsevier.
 - Morin E. (2003). Introducción al pensamiento complejo. Barcelona: Gedisa.
 - Pascal, B. (1986). Pensamientos. Madrid: Planeta.
 - Patiño, J.F. (2008). Oncología, caos, sistemas complejos adaptativos y estructuras disipativas. Rev Colomb Cir, 17 (1), 5-9.
 - Platón (1945). Hippias Mayor. Recuperado de <http://www.historicodigital.com/biblioteca-clasica.html?download=83>.
 - Quinzá, X. (2006). Dios que se esconde. Bilbao, Desclée de Brouwer
 - Reale, G., Antiseri, D. (1992). Fenomenología, existencialismo, hermenéutica. En G. Reale y D. Antiseri (Eds). Historia del pensamiento filosófico y científico (pp. 493-527). Barcelona: Herder.
 - Rivera, M.S. (2003). Formas de conocer en Enfermería: el sustento teórico de la práctica profesional. Horizonte de Enfermería, 14, 21-32.
 - Rivera, M.S. y Herrera, L.M. (2006). Fundamentos fenomenológicos para un cuidado comprensivo de Enfermería. Texto Contexto-enferm, 15 (supl.), 158-163.
 - Ruiz de la Peña, J.L. (1988). Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental. Santander: Sal Terrae.
 - San Agustín de Hipona. (2001). Obras completas. La Ciudad de Dios (5ª ed, 2ª reimpresión). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
 - Schwab, J. (1983). Un enfoque práctico como lenguaje para el curriculum. En J. Gimeno Sacristán y M.A. Pérez Gómez. La enseñanza, su teoría y su práctica. Madrid: Akal.
 - Schön, D. (1987). La formación de profesionales reflexivos. Hacia un nuevo diseño de la enseñanza y el aprendizaje en las profesiones. Barcelona: Paidós. MEC.
 - Torralba Roselló, F. (2005). Esencia del cuidado. Siete tesis. Sal Terrae, 93, 885-894. Recuperado de http://scholar.googleusercontent.com/scholar?q=cache:UNY2tmkG4vUJ:scholar.google.com/&hl=es&as_sdt=0,5&as_ylo=2005&as_yhi=2005
 - Torres Queiruga, A. (1998). Recuperar la creación. Por una religión humanizadora (2ª ed.) Santander: Sal Terrae.
 - Tudela, J.A. (2012). Proximidad y compasión. Escritos del Vedat, XLII, 299-327.
 - Vidal Taléns, J. (2003). Encarnación y cruz. El mayor amor y la mayor esperanza. Valencia: Facultad de Teología "San Vicente Ferrer" y EDICEP, 171-225.
 - Virgilio, (2006). La Eneida (10ª ed.). Madrid: Cátedra.
 - Von Balthasar, H.U. (1999). Sólo el amor es digno de fe. Salamanca: Sígueme.
 - Zambrano, M. (1987). Pensamiento y poesía en la vida española. Madrid: Ediciones Endymion.